

justicia el término de su odio ó de su amor; pero Dion hizo muchas cosas en servicio de Dionisio, mientras este se puso en sus manos; y cuando desconfió de él, por enojo le movió la guerra. Por lo mismo no todos sus amigos tuvieron por cierto que no aseguraria y consolidaria para sí el imperio, destruido Dionisio, halagando á los ciudadanos con un nombre mas blando de tiranía; cuando en orden á Bruto, aun de boca de sus mismos enemigos se oía que de cuantos conjuraron contra César, él solo no se propuso desde el principio hasta el fin otro objeto que el de restituir á los Romanos su patrio y legítimo gobierno.

Aun sin esto el combate contra Dionisio no era lo mismo que el combate contra César, porque á Dionisio no habia ninguno aun de sus mas íntimos amigos que no lo despreciase, viéndole pasar la mayor parte del tiempo en beber, en el juego y en el trato con mujerzuelas; pero el meditar la ruina de César, y no asustarse del talento, del poder y de la fortuna de aquel cuyo nombre solo no dejaba dormir á los Reyes de los Partos y los Indios, era de una alma superior y dotada de tales alientos, que con ella nada pudiera el miedo. Por lo mismo con solo aparecerse Dion en la Sicilia, se rebelaron millares de millares contra Dionisio; cuando la gloria de César, aun despues de muerto, erigió á sus amigos, y su nombre al que le tomó, de un jóven sin medios lo elevó al punto á ser el primero de los Romanos, convirtiéndose luego en una especie de encanto contra la enemistad y el poder de Antonio. Si dijese alguno que Dion no expelió al tirano sino en fuerza de grandes y repetidos combates, habiendo dado Bruto muerte á César desarmado y sin guardias, esto mismo fue obra de una inteligencia suma y de una consumada pericia, sorprender cuando estaba sin armas y sin guardias á un hombre rodeado de tan inmenso poder; pues no le dió muerte súbitamente cayendo sobre él solo ó con pocos, sino habiendo concertado el plan mucho antes, y tratándolo con muchos, de los cuales ninguno le faltó; porque ó desde luego distinguió quiénes eran los de mas probidad, ó con ponerlos en la confianza los hizo virtuosos. Mas Dion, ó por falta de aquel discernimiento se confió á hombres malos, ó

con valerse de ellos los tornó malos de buenos que antes eran; y al varon prudente no está bien le suceda ni lo uno ni lo otro: así Platon le reprendió de haber elegido tales amigos, que al cabo le perdieron.

Finalmente, Dion en su muerte nadie encontró que volviera por él; y á Bruto, de sus enemigos Antonio le sepultó decorosamente, y César le conservó sus honores. Habia una estatua suya de bronce en Milan de la Galicia cisalpina; vióla tiempo despues César, hallando que era muy parecida y de bella ejecucion. Pasó adelante; pero luego parándose ante ella, hizo llamar á presencia de muchos á los magistrados, y les dijo habian faltado á las estipulaciones con que tomara su ciudad, teniendo dentro de ella á un enemigo suyo. Negáronlo al principio, como era natural, y despues se miraron unos á otros dudando por quién le diria; pero cuando volviéndose César hácia la estatua, y arrugando las cejas, les dijo: ¿Pues este, siendo mi enemigo, no está aquí colocado? entonces todavia se sobrecogieron mas, y callaron; y él sonriéndose, celebró á los Galos porque se conservaban fieles á sus amigos sin atender á la fortuna, y mandó que la estatua quedara en su puesto.



## ARTAJERGES.

El primer Artajerges, distinguido entre todos por su bondad y magnanimidad, se llamó Longimano, porque tenia la mano derecha mas grande que la izquierda: fue hijo de Jerges. El segundo, cuya vida escribimos, se llamó Mnemon, y nació de hija de aquel; porque fueron cuatro los hijos de Darío y Parisatis: el mayor Artajerges, despues de este Giro, y los mas jóvenes Ostanes y Oxatres. Giro tomó del antiguo Giro el nombre, y aquel se dice que lo tomó del sol, porque los Persas al sol le llamaron Giro. Artajerges al principio se llamó Arsicas, aunque Dinon dice que se llamó Oartes; pero sin embargo de que Ctecias en lo general hinchió sus libros

de fábulas y patrañas vulgares, no es de creer que ignorase el nombre de un Rey en cuya corte habitó, siendo su médico, el de su mujer, su madre y sus hijos.

Tuvo Ciro desde su primera edad un carácter activo é impetuoso, cuando el otro parecia mas dulce en todo y de un genio mas bondadoso y apacible. Tomó mujer bella y virtuosa por disposicion de sus padres, y la conservó contra la voluntad de estos; porque habiendo dado muerte el Rey á un hermano de la misma, determinó darla tambien á ella; pero Arsicas se echó á los pies de la madre, y con sus ruegos y lágrimas alcanzó, aunque no sin dificultad, que ni se la quitara la vida, ni se la separara de su lado. Amó siempre mas la madre á Ciro, y queria que este reinara, por lo cual habiendo caido enfermo el padre, vino llamado desde el mar, y subió muy esperanzado de que la madre habria negociado el que fuese declarado sucesor del trono; porque tenia para esto Parisatis una razon plausible, de la que ya habia antes hecho uso el antiguo Jerges, instruido por Demarato, pues decia que á Arsicas lo habia dado á luz cuando Darío su esposo no era sino particular, y á Ciro cuando ya reinaba. Mas sin embargo no fue escuchada, y se declaró por Rey al primogénito, mudándole su nombre en el de Artajerges, y á Ciro sátrapa de la Lidia y capitan general de las provincias maritimas.

A poco tiempo de haber muerto Darío, pasó el Rey á Pasargada con el objeto de recibir la iniciacion regia de los sacerdotes de Persia. Existe allí el templo de una Diosa guerrera que puede presumirse sea Minerva, y el que ha de ser iniciado debe entrar en él, y deponiendo la estola propia (1), vestirse la que llevaba Ciro el mayor antes de ser Rey, comer pan de higos, tragar terebinto y beberse un vaso de leche aceda. Si ademas de estas cosas tienen que ejecutar algunas otras, no es dado saberlo á los de afuera. Cuando iba Artajerges á cumplir con ellas, llegó á él Tisafernes, trayendo á su presencia á unos de los sacerdotes que habia sido presidente de la educacion dada á Ciro con los otros jóvenes segun las leyes patrias, y le habia enseñado la magia; por lo cual ninguno habia de haber sentido mas que

(1) El estola era ropa telar que cubria todo el cuerpo.

no hubiese sido declarado Rey, y de ninguno se debía desconfiar menos para darle crédito, acusando á Ciro. Acusábase, pues, de asechanzas en el templo, y de que tenia meditado mientras el Rey se vestia la estola, acometerle y quitarle la vida. Algunos dicen que en virtud de esta denuncia se le prendió; pero otros sostienen que Ciro habia entrado en el templo, y que hallándose escondido, lo descubrió el sacerdote. Cuando ya iba á sufrir la muerte, la madre le tomó en su regazo, le enredó con sus cabellos, junto con la de él su garganta, y á fuerza de quejas y lamentos le consiguió el perdon, y que fuera enviado otra vez al mar; mas él no contento con aquel mando, ni teniendo en memoria el indulto sino la prision, aspiraba con la ira, mas todavía que antes, á ocupar el reino.

Dicen algunos haberse rebelado al Rey, porque lo que le fue dado no le bastaba ni para la cena diaria; pero esto es necedad, pues aun cuando no hubiera otra cosa, estaba la madre, de cuyos bienes podia tomar y disponer cuanto y como quisiese, prestándose la misma á todo. Dan tambien testimonio de su riqueza las muchas tropas que en diferentes puntos mantenia por medio de sus amigos y huéspedes, como dice Jenofonte; pues no las reunia en uno, procurando todavía ocultar sus preparativos, sino que tenia en muchas partes reclutadores bajo diferentes pretextos. Ademas la madre, que se hallaba en la corte, cuidaba de desvanecer las sospechas del Rey, y el mismo Ciro le escribia respetuosamente, ya para pedirle algunas cosas, y ya para darle quejas contra Tisafernes de que tenia emulacion y desavenencias con él. Entraba tambien cierta parte de desidia en el carácter del Rey, que para los mas pasaba por bondad; y al principio parece que efectivamente se propuso imitar la mansedumbre del otro Artajerges, su tocayo, mostrándose muy afable en las audiencias, y esmerándose en honrar y hacer gracias á cada uno segun su clase. A los castigos les quitaba todo lo que tenian de infamantes, y en punto á dádivas no menos placer tenia en hacerlas que en recibirlas, mostrándose en el dar placentero y benigno; y por pequeño que fuese el don, no dejaba de recibirlo con la mejor voluntad: asi

habiéndole presentado un tal Omises una granada de extremada magnitud: ¡Por Mitra, dijo, que este hombre haria pronto de pequeña grande una ciudad, si se le confiase!

En un viaje, unos le llevaban unas cosas y otros otras; y como un pobre menestral que no encontraba que darle, corriese al rio, y cogiendo agua en las manos se la trajese, le dió tanto gusto á Artajerges, que le envió una ampolla de oro y mil daricos. Euclides Lacedemonio habló insolentemente contra él, y se contentó con intimarle por medio de un tribuno lo siguiente: A tí te es dado decir de mí cuanto quieras; pero á mí decir y hacer. En una cacería le avisó Tiribazo de que tenia el sayo descosido, y preguntándole qué haria, le respondió: Ponerte otro, y darme á mí ese. Hizolo así Artajerges, diciéndole: Te le doy; pero no te permito que lo lleses: y como él sin hacer caso, porque no era hombre malo, aunque sí algo falto y atolondrado, se hubiese puesto el sayo, adornándose ademas con diges de oro mujereles, que tambien le habia dado el Rey, los cortesanos se mostraron disgustados, porque aquello no debia hacerse; pero el Rey lo tomó á risa, y le dijo: Te permito llevar los diges por mujer, y el sayo por loco. En la mesa del Rey no se sentaban sino su madre y su mujer legítima, colocándose la mujer en el asiento inferior y la madre en el superior; pero Artajerges admitia á su misma mesa á sus dos hermanos Ostanés y Oxatres, que eran los dos mas jóvenes. Lo que sobre todo dió á los Persas un espectáculo sumamente grato, fue la carroza de la mujer de Artajerges, Estatira, que siempre iba desnuda de todo cortinaje, dando lugar aun á las mujeres mas infelices de saludarla y acercarse, con lo que aquel reinado se ganaba el amor de la muchedumbre.

Mas los hombres inquietos y amigos de novedades se daban á entender que los negocios pedian á Giro, por ser varon magnánimo y guerrero; y que la extension de tan grande imperio necesitaba un Rey que tuviera espíritu y ambicion. Giro ásimismo, confiando no menos en los de las provincias altas que en los que tenia cerca de sí, se determinó á la guerra, y escribió á los Lacedemonios implorando su auxi-

lio, y pidiendo le enviasen hombres, á quienes ofrecia dar, si se le presentaban como infantes, caballos; si con caballos, parejas; si tenian campos, aldeas; si aldeas, ciudades; y que á los soldados no se les contaria el prest, sino que se les mediria. Haciendo ademas jactancia de su persona, decia que su corazon pesaba mas que el de su hermano; que filosofaba mas que él; que era mejor mago, y podia beber y aguantar mas vino; y que este de miedo en las caerías no montaba caballo, ni en la guerra se sentaba en carro con trono. Los Lacedemonios, pues, enviaron la correa (1) á Clearco, dándole órden de estar en todo á la disposicion de Giro: de resulta de lo cual subió este hácia la corte con un numeroso ejército de bárbaros, y con poco menos de trece mil Griegos auxiliares, buscando diferentes achaques y pretextos para haber reunido aquellas fuerzas. No consiguió sin embargo deslumbrar por mucho tiempo, porque Tisafernes acudió por sí mismo á avisarlo al Rey, y fue grande la turbacion y alboroto que esto causó en palacio, echándose á Parisatis principalmente la culpa de aquella guerra, y moviéndose muchas sospechas y delaciones contra sus amigos. La que hostigó sobre todo á Parisatis, fue Estatira, quejándose amargamente de la guerra, y clamando: ¿Dónde estan ahora aquellas seguridades? ¿dónde aquellos ruegos con que libertaste al insidiador de su hermano, y con que has venido á cercarnos de guerra y de males? Por esta causa Parisatis concibió el mas terrible odio contra Estatira; y como fuese de indole rencorosa y propiamente bárbara en sus iras y en su mala intencion, atentó contra su vida. Dinon dice que esta maldad se verificó durante la guerra, y Ctesias que despues; y como no parece regular que este ignorase el tiempo, habiendo presenciado los sucesos, ni se ve causa alguna para que sacase de su propia época este hecho, y no lo refiriese como habia pasado, (aunque muchas veces le sucede que su narracion, convirtiéndose á lo fabuloso y dramático, se aparta de la verdad) aquí tendrá el lugar que este le ha dado.

(1) Modo particular de comunicar órdenes secretas, de que usaban los Lacedemonios, descrito en la *Fida de Lisandro*, tom. II, pág. 292.

Llegáronle á *Ciro* en la marcha voces y rumores de que el Rey no pensaba en dar batalla desde luego, ni en apresurarse á venir á las manos con él, sino permanecer en Persia hasta que le llegaran las tropas pedidas de todas partes, habiendo hecho abrir un foso de diez pies de ancho y otros tantos de hondo que corria por la llanura hasta cuatrocientos estadios; y aun no hizo alto en que *Ciro* entrase dentro de él, y llegase hasta no lejos de la misma Babilonia; pero habiendo tenido Tiribazo resolucion para decir el primero que no era razon evitase el combate, ni que retirándose de la Media, de Babilonia y aun de Susa, se encerrara en la Persia quien tenia multiplicadas fuerzas que el enemigo, y diez mil sátrapas y generales que en prudencia y pericia militar valian mas que *Ciro*, se decidió por que se marchara al combate sin mas dilacion. Y cuando de pronto se dejó ver con un ejército de novecientos mil hombres bien equipados, asombró y sobresaltó á los enemigos, que por la nimia confianza y desprecio marchaban en desórden y sin armas; de manera que solo con gran dificultad y mucha gritería y alboroto pudo traerlos *Ciro* á formacion. Caminando despues el Rey con reposo y concierto, causó con aquel buen órden admiracion á los Griegos, que en tanto gentío no esperaban mas que gritería confusa, correrías y grande desórden y dispersion. Dispuso tambien con singular acierto colocar contra los Griegos delante de su hueste los mas fuertes de sus carros falcados, para que antes de venir á las manos les desordenaran las filas con la violencia de su impulso.

Siendo muchos los que han referido esta batalla, entre los cuales *Jenofonte* la ha descrito de manera que casi la hace ocurrir á nuestra vista, pintando los sucesos, no como pasados sino como si entonces mismo aconteciesen, y haciendo con la viveza de su expresion sentir al que lee los afectos y los peligros; no seria de escritor prudente ponerse ahora á hacer otra narracion que la de aquellas particularidades dignas de memoria que este hubiese pasado en silencio. El lugar, pues, donde se dió se llama *Cunaxa*, y dista de Babilonia quinientos estadios. Propuso *Clearco* á *Ciro* antes de la batalla que se colocara á retaguardia de los Grie-

gos, y no expusiera persona; y se refiere haberle respondido: ¿Qué es lo que dices, *Clearco*? ¿me opones que aspirando al reino me muestre indigno de reinar? Erró sin duda *Ciro* en arrojarse temeramente á los peligros, y no guardarse de ellos; pero no fue menos, si es que no fue mas grande, el yerro de *Clearco* en no querer que los Griegos se opusieran de frente al Rey, y en apoyar su derecha sobre el rio para no ser envuelto; pues al que en todo no buscaba mas que la seguridad, y toda su atencion la ponía en no sufrir ni el menor descalabro, le era lo mejor haberse quedado en su casa. Pero haber andado armado diez mil estadios sin que negocios propios lo exigiesen, con solo el objeto de colocar en el trono real á *Ciro*, y ponerse despues á examinar el lugar y la formacion mas á propósito, no para salvar al caudillo y á aquel en cuyo auxilio era venido, sino para pelear él mismo con menor riesgo é incomodidad, es como si uno por temor de lo presente no hiciera cuenta del objeto principal, ni tuviera en consideracion cuál es el fin de un ejército, pues que ninguno de los soldados del Rey habia de haber aguantado el choque de los Griegos: y que rechazados aquellos y ahuyentado ó muerto el Rey, se habia de haber logrado que salvo y vencedor reinase *Ciro*, de los mismos sucesos se deduce con claridad. Por tanto mas de culpar es la nimia precaucion de *Clearco* que la temeridad de *Ciro*, en que con este todo se hubiese perdido; pues si el mismo Rey se hubiera puesto á pensar donde colocaria los Griegos para recibir de ellos menos daño, no hubiera encontrado otro sitio mejor que aquel en que estuviesen mas lejos de él mismo y de los que con él peleaban, desde el cual él mismo no percibió que era vencido, y *Ciro* se anticipó á morir antes de sacar ninguna ventaja de la victoria de *Clearco*. Y no porque *Ciro* no hubiese conocido qué era lo que convenia, disponiendo que *Clearco* formara allí en el centro; pero este con decir que dejara á su cuidado el disponer lo mejor, todo lo desbarató y destruyó.

Porque los Griegos arrollaron á los bárbaros como y cuanto quisieron, y persiguiéndolos, corrieron casi toda la llanura; mas contra *Ciro* que llevaba un caballo noble, pero

duro de boca y de sobrados alientos, llamado Pasaca, segun dice Ctesias, movió el caudillo de los Cadusios Artaguerses, diciendo á grandes voces: « O tú que infamas el glorioso nombre de Ciro, el mas injusto y mas temerario de los hombres, vienes atrayendo en mal hora á los valientes Griegos contra las riquezas de los Persas, con esperanza de dar muerte á tu señor y tu hermano que tiene millares de millares de esclavos mejores que tú: pero ahora lo verás, pues antes perderás aquí tu cabeza que puedas ver el rostro del Rey. » Dicho esto le lanzó un dardo, y la coraza resistió firme al golpe, con lo que no llegó á ser herido Ciro, sino solo conmovido en la silla, porque el golpe fue violento. Al volver Artaguerses el caballo, tiró Ciro contra él, y le acertó, entrando la punta del dardo por el cuello sobre la clavicula. Así casi todos convienen en que Artaguerses fue muerto por Ciro; pero por cuanto de la muerte de este no habló Jenofonte sino llana y brevemente, como que no la presencié, nada parece que se opone á que expresemos con distincion lo que acerca de ella refieren Dinon y Ctesias.

Dice, pues, Dinon que muerto Artaguerses, Ciro acometió denodadamente á los que protegian al Rey, llegando á herirle á este el caballo; pero pudo salvarse. Proporcionóle Tiribazo que montase otro caballo, diciéndole: « Acuérdate, ó Rey, de este dia, porque no es de olvidar; » y otra vez Ciro acosó con su caballo á Artajerges, y le derribó. Indignóse sobre manera el Rey al tercer encuentro, y diciendo: « Mas vale morir, » lanzó un dardo contra Ciro, que temeraria y ciegamente se metia por las saetas enemigas. Tiráronle tambien los que junto al Rey estaban, y cayó Ciro, segun dicen algunos, herido de mano del Rey; segun algunos otros, dándole el golpe mortal uno de Caria, á quien el Rey concedió en premio de esta accion que llevara siempre un gallo de oro sobre una lanza al frente de la hueste en los ejércitos; porque los Persas á los de Caria le llamaban gallos, á causa de los penachos con que adornaban los morriones.

La relacion de Ctesias, procurando abreviar y compendiar mucho en pocas palabras, es como sigue: Ciro, luego que

dió muerte á Artaguerses, dirigió su caballo contra el Rey, y este el suyo contra él, ambos sin hablar palabra. Anticipóse Arico, amigo de Ciro, á tirar contra el Rey, pero no le hirió. El Rey haciendo entonces tiro con su lanza, no acertó á Ciro, pero alcanzó y dió muerte á Satibarzanes, hombre de valor y leal á Ciro. Tirando este contra aquel, le pasó la coraza y le hirió en el pecho, hasta penetrar la saeta dos dedos, haciéndole el golpe caer del caballo. Desordenáronse con esto y huyeron los que tenia alrededor de sí; y levantándose con muy pocos, de los cuales era uno Ctesias, lomó una altura inmediata donde respiró. A Ciro mientras acosaba á los enemigos, enardecido su caballo lo llevó á gran distancia, venida ya la noche, desconocido de los enemigos y buscado de los suyos. Engreido con la victoria y lleno de ardor y osadía, corrió gritando: « Rendios, miserables. » Repitiólo en lengua persiana muchas veces, y algunos se retiraban adorándole; mas cáesele en esto la tiara de la cabeza, y volviendo contra él un mancebo Persa, llamado Mitridates, le hiere con un dardo en una sien junto al ojo, sin saber quién fuese. Como le corriese mucha sangre de la herida, cayó Ciro desmayado y soporoso, y el caballo dando á huir corria desbocado, cuyos jaeces caidos al suelo recogió el escudero del que hirió á Ciro, bañados todos en sangre. A este que con la herida apenas podia dar paso, procuraban unos cuantos eunucos que allí se hallaban subirle en otro caballo y salvarle; mas no estando para ello, y yendo con gran dificultad por su paso, le cogieron por los brazos, y así le llevaban muy pesado ya del cuerpo y cayéndoseles; pero creído de que era vencedor, por oír á los que huían que aclamaban por Rey á Ciro y le rogaban los mirase con indulgencia. En estos unos Caunios, hombres de mala vida, miserables, y que por muy poco jornal iban de trabantes en el ejército del Rey, se encontraron mezclados como amigos entre las gentes de Ciro, y no bien hubieron visto las sobrevestas purpúreas, siendo blancas las que usaban todos los del servicio del Rey, conocieron que eran enemigos. Atevióse, pues, uno de ellos á herir con un dardo á Ciro por la espalda sin conocerle; y rota la vena de la corva

cayó *Ciro*, dando al mismo tiempo con la sien herida sobre una piedra, y falleció. Esta es la narracion de *Ctesias*, con la que, como con una mala navaja, le va matando poco á poco.

Cuando ya habia muerto, acertó á pasar á caballo *Artasuras*, especulador del Rey, y conociendo á los eunucos que se lamentaban, preguntó al que tenia entre ellos de mas confianza : ¿ Dime, *Parsica*, á quién lloras aquí sentado ? á lo que respondió : ¿ No ves, ó *Artasuras*, á *Ciro* muerto ? Maravillado *Artasuras* procuró consolar al eunuco, encargándole la custodia del muerto, y él corrió á *Artajerges* que ya lo daba todo por perdido, y que se hallaba mal parado de sed y de sus heridas, y le dice con regocijo que ha visto muerto á *Ciro*. Su primer movimiento fue querer ir á verlo por sí, diciendo á *Artasuras* que lo llevase al sitio; pero como llegasen continuas noticias y fuese grande el miedo con motivo de que los Griegos seguian el alcance, y todo lo venian y avasallaban, se tuvo por mas conveniente enviar exploradores en mayor número, y se enviaron treinta con hachones. Estaba el Rey á punto de morir de sed, y el eunuco *Satibarzanes* corria por todas partes buscando que bebiese, porque el terreno aquel carecia de agua, y no estaba cerca el campamento; mas al fin á costa de mucha diligencia dió de aquellos *Caunios* miserables con uno que en un odre ruin tenia de agua podrida y de mala calidad hasta unas ocho cotilas (1). Tomóle, pues, y lo trajo al Rey; y habiéndose bebido este toda el agua, le preguntó si no le habia sabido mal semejante bebida, y él juró por los Dioses que en su vida habia bebido ni vino mas dulce, ni agua mas delicada y limpia; tanto que le añadió : « Al hombre que te la ha dado, si buscándole no puedo yo darle la debida recompensa, pediré á los Dioses que le hagan feliz y rico. »

Llegaron en este punto los treinta regocijados y alegres, anunciándole su inesperada ventura; y empezando ademas á cobrar ánimo con el gran número de los que volvan á pasarse á él, bajó del collado rodeado de antorchas. Cuando

(1) La cotila se ha dicho que era medida de liquidos de cabida de medio cuartillo y onza media. *Vida de Nicias*.

estuvo junto al cadáver, luego que, segun una ley de los Persas, se le cortó la mano derecha y la cabeza, separándolas del cuerpo, mandó que le trajesen la cabeza; y cogiéndola por los cabellos que eran espesos y ensortijados, los mostró á los que todavía dudaban y huian. Admirábanse estos y lo adoraban; de manera que en breve reunió unos setenta mil hombres, que regresaron otra vez á los reales, siendo los que habia llevado á la batalla, segun dice *Ctesias*, sobre cuatrocientos mil; pero *Dion* y *Jenofonte* refieren haber sido muchos mas los que entraron en accion. De muertos dice *Ctesias* que *Artajerges* le refirió haber sido nueve mil, y que á él le parece que en todo no bajaron los que perecieron de veinte mil. En esto puede haber duda; pero lo que es una insigne impostura de *Ctesias*, es decir que él mismo fue enviado á los Griegos con *Faleno* de *Zacinto* y algunos otros; porque *Jenofonte* sabia que *Ctesias* moraba en la corte del Rey, puesto que hace mencion de él, y es claro que tuvo en las manos sus libros; y si hubiera ido y sido intérprete de las conferencias, no habria dejado de nombrarle cuando nombra á *Faleno* de *Zacinto*; y es que siendo *Ctesias* sumamente ambicioso y no menos apasionado de los *Lacedemonios* y de *Clearco*, siempre deja para sí mismos algunos huecos en la narracion, y cuando se ve en ella, dice muchas y grandes proezas de *Clearco* y de *Lacedemonia*.

Despues de la batalla envió los mas ricos y preciosos dones al hijo de *Artaguerses*, muerto á manos de *Ciro*, y honró magníficamente á *Ctesias* y á todos los demas. Habiendo hallado al *Caunio*, aquel que le dió el odre, de oscuro y pobre lo hizo ilustre y rico. Se notó cierto estudio hasta en los castigos de los que faltaron; porque á un *Medo* llamado *Arsaces* que en la batalla huyó á *Ciro*, y otra vez se le pasó despues de muerto este, queriendo en él castigar la tímidez y cobardía, y no la traicion ni la maldad, le condenó á que tomando en hombros una ramera desnuda, la paseara así un dia entero por la plaza. A otro que sobre haberse pasado se habia atribuido con falsedad haber muerto á dos enemigos, dispuso que le atravesaran la lengua con tres agujas.

Creyendo el mismo, y queriendo que todos creyeran y dijieran que él había sido quien había muerto á *Ciro*, á *Mitridates* que fue el primero en tirar contra *Ciro* le envió magníficos dones, encargando á los que habían de entregárselos que le dijiesen : Con estas preseas te premia el Rey por haberle presentado los arreos del caballo de *Ciro* que te encontraste. Pidiéndole asimismo recompensa aquel de *Caria* que dió á *Ciro* en la pierna la herida de que murió, previno á los que se llevaban le dijiesen en la propia forma : Este regalo te lo hace el Rey por segundas albricias, porque el primero fue *Artasuras*, y despues de él tú le anunciaste la muerte de *Ciro*. *Mitridates*, aunque disgustado, recibió su regalo y nada dijo; pero al miserable *Cario* le sucedió lo que comunmente padecen los necios, porque deslumbrado con los bienes presentes, pensó que podia subirse á mayores, y desdeñando recibir lo que se le daba como albricias, se mostró ofendido, protestando y gritando que ninguno otro que él había muerto á *Ciro*, é injustamente se le privaba de aquella gloria. Cuando se lo dijeron al Rey, se irritó sobremanera y mandó que le cortasen la cabeza; pero la madre que se hallaba presente : « No has de ser tú, ó Rey, le dijo, quien se dé con esto por satisfecho respecto de este abominable *Cario*, sino que de mí recibirá una recompensa digna de lo que ha tenido el arrojito de decir. » Habiéndoselo otorgado el Rey, dió orden *Parisatis* á los ejecutores de la justicia para que tomando bajo su poder aquel hombre, lo atormentaran por diez dias, y sacándole despues los ojos, le echaran en los oidos bronce derretido hasta que así falleciese.

Al cabo pereció tambien malamente *Mitridates* de allí á poco tiempo por su indiscrecion; pues convidado á un banquete, al que asistieron los eunucos del Rey y de su madre, se presentó en el engalanado con el vestido y alhajas de oro que aquel le había dado. Cuando ya estaban cenando, le dijo el eunuco de mas valimiento entre los de *Parisatis* : Bellísimo es, ó *Mitridates*, ese vestido que te dió el Rey; bellísimos igualmente los collares y demas adornos; pero mas precioso el alfanje. ¡ Ciertamente que te hizo venturoso y

célebre entre todos ! *Mitridates* que ya tenia la cabeza caliente : ¿ Qué es esto, dijo, ó *Esparamixes* ? De mayores y mas preciosos dones de parte del Rey me hice yo digno en aquel dia. Entonces *Esparamixes* sonriéndose, nadie te lo disputa, ó *Mitridates*, le contestó; pero pues que dicen los Griegos que la verdad es compañera del vino, ¿ qué cosa tan grande y tan brillante es, amigo mio, encontrarse en el suelo los arreos de un caballo, é ir despues á presentarlos ? diciendo esto, no porque ignorase lo que había pasado, sino que para hacer se franquease ante los demas que se hallaban presentes, picaba así la vanidad de *Mitridates*, hablador ya y descomedido con el vino. Así es que no pudiendo contenerse : Vosotros, repuso, direis todo lo que querais de arreos y tonterias; lo que yo os aseguro sin rodeos, es que *Ciro* fue muerto por esta mano, porque no tiré como *Artaguerses* flojamente y en vano, sino que erré poco del ojo, y acertándole en la sien, y pasándosela, lo derribé al suelo, habiendo muerto de aquella herida. Todos los demas, poniéndose ya en el fin de aquella conversacion, y viendo la desgracia suerte de *Mitridates*, bajaron los ojos á tierra; y el que daba el convite : Amigo *Mitridates*, dijo, bebamos ahora y comamos adorando el genio del Rey, y dejemos á un lado razonamientos que son sobre los que pide un banquete.

En seguida refiere el eunuco á *Parisatis* aquella conversacion, y esta al Rey, el cual se idignó en gran manera, creyéndose desmentido y que se le hacia perder el mas precioso y mas dulce fruto de la victoria; porque estaba empeñado en hacer entender á todos los bárbaros y á los Griegos que en los encuentros y choques, dando y recibiendo golpes, él había sido herido, pero había muerto á *Ciro*. Mandó, pues, que á *Mitridates* se le quitara la vida, haciéndole morir enartelado, lo que es en esta forma : tómanse dos artesas hechas de manera que se ajusten exactamente la una á la otra, y tendiendo en una de ellas supino al que ha de ser penado, traen la otra y la adaptan de modo que queden fuera la cabeza, las manos y los pies, dejando cubierto todo lo demas del cuerpo; y en esta disposicion le dan de comer. Si no quiere, le precisan punzándole en los ojos; despues de comer